



## LA EDAD DE ORO

62.—Cuento  
de hadas.

Nena rubia, ¿eres tú la que dejando dormir la muñeca en la cunita de raso y de plumas ha tomado muy seria este cuento que he escrito yo para ti y vas a leerlo?

¿O eres tú, general en miniatura, que echado sobre la alfombra apoyando la barbilla en las manos te dispones a leer mi cuento, mientras los soldados de madera puestos en fila rígidos te miran en la actitud solemne de quien espera una orden?

¿O eres tú, pequeñita andrajosa y despeinada, pequeñita de los ojazos tristes, que mientras velas a mamá enferma lees la hoja que envolvía el frasco del remedio, la hoja en que está escrito este cuento?

¿Acaso quien va a leerlo eres tú, pequeño luchador, valiente niño, que olvidando un momento la caja de embolar, aquella caja compañera que calma el hambre y que consuela, te has acurrucado en un quicio para deshacer el barco de papel que ibas a arrojar al agua porque delectaste en la proa: *Cuento de hadas para niños?*

Vosotros! Oídme antes de empezar la lectura: quien ha escrito este cuento es una amiga vuestra; una amiga que os adora... Estaría encantada si os divertís conmigo; pero no quiero sólo eso; quiero que aprendáis cierta cosa... Es una osadía desearlo; lo sé; porque sólo tienen derecho a ello los que ya gastan lentes sobre la nariz; pero si lograra enseñarosla, si lograra grabarla en vuestro corazón... ¡qué orgullo el mío! ¿Queréis darme la alegría del orgullo? Leed con atención; complaced a vuestra amiga; fijáos bien, ya empieza.

En un país... quién sabe en qué parte del mundo quedaba ese país! Pues bien; había un príncipe joven. Tan hermoso era que es fama que no hubo ni habrá otro semejante. Era un príncipe rubio, mucho más que el sol; de sus ojos se decía y aún se dice que eran como el océano cuando copia una noche estrellada; así, grandes, luminosos y negros.

A una mirada suya se encendían de amor los corazones de las mujeres más frías y de amor temblaban las flores en sus tallos. A su paso se veían milagros.

En su paseo matinal por el jardín cuando andaba arrastrando su capa principesca, el sol la hacía brillar con reflejos de fuego y convertía en estrellas multicolores las piedras preciosas de su corona. ¡Figuraos la majestad del príncipe vestido de fuego y coronado de estrellas!

Cuando se detenía para acariciar las rosas, mudaban las rosas; las pálidas, por grados tomaban un color carmíneo y las rojas con lentitud tornábanse blancas, blancas. Reía entonces el príncipe y callaba la fuente y callaban los pájaros para oírlo reír. ¡Oh su risa! ¡Era más pura y melodiosa que el sonido de un arpa que ríe!

Y cuando cesaba, la fuente empezaba a cantar y los pájaros con ella formaban concierto, no tanto por halagar al príncipe; era que no podían dominar el deseo de la armonía que había despertado en ellos su risa. ¡Su risa única! Y pájaros y fuentes trataban de imitarla con trinos de cristal.

El príncipe era rico en grado máximo; todos los días a toda hora recibía presentes; le enviaban las cosas más valiosas que había sobre la tierra, y la explicación es ésta:

Quien lo había visto una vez no lo olvidaba nunca; el que poseía un tesoro—y entre éstos se contaban no pocos

avaros judíos,— se lo ofrecía sin vacilar, porque comprendían que aquellas sederías hechas con los hilos más sutiles y que tenían ondulaciones y tibiezas de agua debían tener el mejor empleo, debían vestir al príncipe perfecto; y aquella lujosa piel de armiño, piel de nieve, no podía tener mejor destino que abrigar sus pies; pieles de pantera, pieles leoninas, pieles suaves y blandas, eran enviadas por los cazadores de fieras para alfombrar su cámara.

Así, por una ley natural, llegaban a él ricas ofrendas:

Cargas de oro, el metal precioso de la tierra; piedras raras para adornar sus manos, sus sandalias y su frente; piedras de colores vivos, de sangre y fuego; perlas que parecían en pecado, por lo negras; perlas de un blanco extraño; diamantes como trozos de estrella; zafiros como el cielo; perfumes exquisitos, mármoles para el palacio, flores bellas, elefantes blancos, camellos dóciles, pájaros músicos, linos para el lecho, linos tan vaporosos que menos son las nubes; frutas tan sugestivas, que así serían las del paraíso, armas livianas, para que no fatigaran su mano, pero que valían caudales; armas lujosas, filudas y pequeñas, que daban la muerte tan sólo con tocar.

¿Y el príncipe? ¿No decíamos que era perfecto? Pues lo era no sólo materialmente. Su inteligencia era una inteligencia superior, y por esto pensaba... pensaba... pensaba con horror en la fatuidad de su vida, y le importaba un comino tanto oropel, y veía con desdén todos los halagos hechos en su honor. Pobre príncipe! No era feliz!

Pero hemos hablado de su inteligencia superior; comprendió él que debía buscar la felicidad, y una noche de luna, naturalmente, porque en las noches oscuras no se puede andar, salió del palacio un viejo encorvado, de barba y cabellos muy blancos. Era el príncipe que dejaba el palacio, el suntuoso palacio donde anidaban los falsos placeres de la riqueza, de la adulación y del poder, y se fue caminando por un camino que después se dividió en muchos. Antes de tomar alguno de éstos, se le ocurrió interrogar a una viejecita que acurrucada en el suelo lo miraba con ojos penetrantes de lechuza. Le dió una moneda y preguntó:

—Oye, amiga: ¿Para dónde llevan esos caminos?

Ella se puso en pie de pronto y le tomó una mano, diciendo:

—Bien haces en preguntármelo, porque estoy aquí precisamente para dar los nombres de los caminos... Soy un hada: ¿no lo crees? La prueba de que sí lo soy es que veo un poco más allá de las cosas; tu disfraz no me engaña; eres un joven, y mal haces en ocultarlo—le quitó el antifaz, y continuó: —Soy hada y voy a nombrarte los caminos: dejemos los tres de la izquierda, que son los de la riqueza, la adulación y el poder, porque tú naciste en ellos y sólo te llevaron al hastío; te daré los nombres de los otros.

—Dame únicamente el nombre de aquel que guíe hacia la felicidad, exclamó el príncipe.

—Ah, murmuró la vieja: seguramente ninguno...

—¿Ninguno?, interrumpió el príncipe desesperado. La vieja movió la cabeza.

—A veces el del arte, respondió, conduce a la felici